

CAPÍTULO XI. *Que trata de don Antonio de Mendoza, primer virrey de esta Nueva España, y de cosas de su gobierno*



UNQUE EL AÑO DE 1530 fue nombrado don Antonio de Mendoza por virrey de esta Nueva España (como dejamos dicho) no luego se despachó ni vino, sino en su lugar el presidente de Santo Domingo, don Sebastián Ramírez, que gobernó esta Audiencia y reinos de Nueva España, hasta que vino el dicho virrey don Antonio de Mendoza, el cual llegó a esta tierra el año siguiente de 1534; con cuya llegada fueron las cosas de el gobierno de bien en mejor; porque aunque su antecesor, don Sebastián, era hombre cuerdo y digno de el oficio, no lo fue menos el sucesor don Antonio por su mucha sagacidad, discreción y cordura y sobre todo, cristiandad loable; el cual, después de haber tomado lengua de todas las cosas de el gobierno, prosiguió (como su antecesor) en la pacificación de el reino y dio asiento a las cosas de la tierra y poblaciones de ella.

En tiempo que gobernaba don Antonio, se hizo (según cuenta en un memorial que hizo Diego Muñoz Camargo) la segunda navegación de la especería, en la cual ayudó a don Pedro de Alvarado (que llamaron de el Salto); fue por general de ella el capitán Ruy López de Villa Lobos, natural de la ciudad de Málaga, gran cosmógrafo y diestro en el arte de el marcar y fue a las islas de el poniente; llevó cuatro navíos de alto bordo, una galeota y una fusta; fueron con él trescientos y ochenta hombres de guerra y otra mucha gente de servicio y mar. Llevaron en su compañía cinco clérigos y cuatro religiosos de la orden de el glorioso padre San Agustín. Partieron de la Nueva España, de el puerto de Juan Gallego, día de Todos Santos a fin de el año de 1545; fue por piloto mayor de esta armada el maestro corso que fue el que lo fue también en la jornada que hizo Magallanes y se salvó en la nao Victoria. Fue esta navegación muy infeliz y desgraciada, porque casi se perdió toda, sin ser de ningún efecto, porque se murió casi toda la gente y quedóles muy poca que pudiese marear las velas, ni acudir a las cosas forzosas de la navegación. De aquí tomaron ocasión de decir que no podían pasar adelante porque los volvían atrás las muchas y muy recias corrientes y vientos contrarios que continuamente soplaban, y que por esto los navíos no podían volver a esta Nueva España y que no se podía pasar por debajo de la línea equinocial; cosa contraria a lo que después acá ha enseñado la experiencia.

De los que escaparon de esta navegación (y aportaron a la India de Portugal y fueron presos de los portugueses de aquellas provincias) fueron uno de los religiosos, llamado fray Andrés de Urdaneta, que quieren decir que fue uno de los que pasaron el Estrecho con Magallanes, y García de Escalante y Guido de Labazares, el cual dicen que sacó de allá el jengibre con grande secreto y recato por no ser sentido de los que lo tratan y manejan; que lo trajo con muy grande cuidado y lo llevó a Castilla y de allí lo trajo a esta Nueva España y se sembró en Quauhnhuac, en la huerta de Ber-

nardino de el Castillo, de donde ha procedido la cantidad que hay el día de hoy en las islas de Barlovento, en especial en la de Santo Domingo, de donde lo llevaban a España en grande cantidad y abundancia.

Otra armada mandó este virrey armar para las Californias, y fue por general de ella Francisco de Alarcón y por maese de campo Marcos Ruiz, la cual armada, asimismo, se perdió, sin ser de ningún efecto y se volvió la gente a esta tierra y desembarcó en el puerto de la Purificación. En este tiempo se hizo la entrada de la tierra nueva, que llamaban las Siete Ciudades, cuyo descubrimiento fue por orden de frailes franciscos, como dejamos dicho en otra parte, a la cual quiso ir en persona don Antonio de Mendoza, aunque no tuvo efecto, por causas que de presente se movieron; y así fue nombrado por general de esta entrada y descubrimiento Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, hombre de calidad y suerte, el cual llevó consigo más de mil españoles y casi toda gente granada y de mucha estimación, como lo era su persona; y entre los sobresalientes que fueron hay memoria de don Diego de Guevara, don García López de Cárdenas, capitán que fue de la gente de a caballo, don Rodrigo Maldonado, Pablos de Melgosa y los dos hermanos Barrios Nuevos. Fue por maese de campo Lope de Samaniego, alcaide que había sido de las atarazanas de esta ciudad de Mexico; y por alférez general, don Pedro de Tovar; y después, por muerte de Lope de Samaniego, que lo mataron los indios de Chiametla, le sucedió en el oficio don Tristán de Arellano y Luna. El intento de esta entrada fue por ver si hallaban paso y comunicación para los que fuesen por el Mar del Sur a estas tierras; para cuyo intento se habían armado los navíos que dejamos referido, en que iba por general Francisco de Alarcón; pero ni uno ni otro tuvo efecto, o porque Dios no quiso que aquella entrada se hiciese entonces o porque la tierra no era tal como pensaban. Y finalmente, habiéndose cansado Francisco Vázquez Coronado de haber andado muchas y muy largas tierras, donde pasó muchos trabajos y fatigas de enfermedades y hambres y viendo que había llegado a la altura que llevaba ordenado y que no llegaban las poblaciones y riquezas a colmar el deseo, dio la vuelta a esta Nueva España. Lo cual también había hecho el capitán Francisco de Alarcón, por no haberse podido topar con ellos en el paraje que estaba tratado; y por haber aguardado más tiempo de lo que disponía su instrucción y porque no se le muriese la gente que ya enfermaba y le iban faltando los bastimentos. Era este capitán muy privado y querido del virrey don Antonio de Mendoza y le había servido muchos años de maestresala; pero como en casos de interés no hay padre con hijo, sucedió de esta jornada que lo vino a aborrecer el virrey; y los que tratan de esta historia, dicen que fue la causa haber enviado Francisco de Alarcón más amplia y cumplida relación, al emperador don Carlos, de la navegación y jornada que la que le dio a él, con que también informó a su majestad, pretendiendo por sí propio y no subalternando al virrey la conquista, descubrimiento y entrada de las Californias y todas aquellas tierras y costa del Mar del Sur, por entender que confinaban aquellas tierras con la gran China, o que de ellas había muy breve navegación a las islas

de la Especería (que es lo que entonces se deseaba), fenecieron todos sus pensamientos y deseos con la muerte; porque viéndose desfavorecido del virrey y no con la privanza que solía, retiróse de la ciudad y fuese a la villa de Cuauhnahuac, en el marquesado, donde le sobrevino una grave enfermedad de que murió y acabó con sus desfavores.

Cuando este Francisco de Alarcón determinó su vuelta a esta Nueva España, dejó en aquel lugar último, de donde se partía, puestas cruces y a sus pies enterradas botijas y dentro cartas, con aviso, día, mes y año de su llegada; estada y sucesos que había tenido; y el día que se partía, dando la vuelta a esta tierra, para que si por ventura llegasen allí algunos de los nuestros supiesen lo que había sido de aquella armada y porque no se detuviesen en buscarlos. Esto pasó el año de 1539 hasta el de 1541. El daño que hubo en la jornada de Francisco Vázquez Coronado, para no tener efecto, así en encontrarse con la flota o armada, como en no acertar en su demanda, fue bajarse mucho antes de tiempo a la costa de la Mar del Sur y hacia el poniente; porque si torciera y declinara a la parte del norte y se pusiera en altura de treinta y seis grados, topara con grandes poblaciones y viera lo que nuestros frailes vieron, y si pasara de los llanos de Cibola, Tigux y Quivira y el valle de Sonora, donde halló mucha cantidad de vacas, quedarán aquellas tierras pobladas.

En los llanos de Cibola se alojó Francisco Vázquez con su gente, y estuvieron allí más de un año. En el ínterin que Francisco Vázquez corría la tierra adentro, con trescientos hombres que llevó consigo y en todo cuanto anduvo, no halló ninguna gente congregada y en esto se detuvo tiempo de seis meses; y cien leguas adelante de donde estaba alojado el ejército tuvo noticia de los indios que habitaban aquellos desiertos, que diez jornadas adelante había gente que vestía como nosotros y que andaban por mar y traían grandes navíos y le mostraban por señas que usaban de la ropa y vestidos que nuestros españoles; pero no pasó adelante por parecerle que dejaba lejos a los demás que quedaban en el campo y se le pasaba el tiempo que había quedado de volver a ellos.

Ya en estos tiempos habían crecido, en mucho número, los ganados (así menor como vacuno) que habían traído de Castilla e islas a esta tierra; y habiéndose descubierto estas larguísimas tierras dichas, determinaron los señores de ganados, porque los sitios que tenían eran cortos y dañificaban mucho a los indios, de tomar sitios más extendidos y acomodados; y con esto se despoblaron muchas estancias de los valles de Tepepulco, Tzompanco y Toluca (donde fueron las primeras estancias de esta Nueva España, de ganado mayor, así de vacas como de yeguas); y se fueron a poblar por aquellos llanos, adonde ahora están todas las estancias de vacas que hay en la tierra, que corren más de doscientas leguas, comenzando desde el río de San Juan hasta pasar de los Zacatecas y llegar más adelante de los valles que llaman de Guadiana; todas tierras de chichimecas y tan largas que parece que no tienen fin.

Con el crecimiento de los españoles han ido creciendo también las estancias; porque como se fueron poblando los lugares marítimos de Pánuco

y Nauhtla, que son los llanos de Almería, así fueron poblando por todas aquellas costas muchas estancias, hasta llegar a las de Putinco y Mizantla, estancias de la Vera Cruz y otras tierras calientes, como son las de Tlaixcoya, por la costa de Quatzaqualco que llegan al río de Grijalba, que es una cosa sin número, e increíbles los ganados que por allí se han criado y crían, que si no se ve casi no se cree. Estas tierras se fueron poblando en tiempo de este virrey don Antonio de Mendoza.

En el tiempo de su gobierno se descubrió la navegación del Perú por la Mar del Sur y se hicieron navíos en el puerto de Tequantepec y fueron al Callao de Lima, cuya navegación y descubrimiento hizo a su costa Diego de Ocampo, caballero principal, natural de la Villa de Cáceres, en los reinos de Castilla, que fue uno de los conquistadores y pacificadores de este nuevo mundo; el cual, perseverando en sus honrados intentos hizo este tan bueno y provechoso descubrimiento.

Durante el tiempo de su gobierno se descubrió una rebelión que acometieron hacer los negros que por entonces había esclavos de los españoles; para lo cual se habían aliado con los indios de esta ciudad, así de la parte de Tenuchtitlan como de esta de Tlatelulco (que entonces eran muchos), pero no llegó a tener efecto por haberse descubierto este motín, por otro negro; y averiguándose, jurídicamente se procedió contra los culpados y se hizo justicia de ellos; y con este castigo quedó la tierra quieta y pacífica. Pero después de algunos años hubo otro alboroto y conjuración, hecha y movida por hombres viles y bajos. Este alzamiento hacía demostración de mayor peligro si se ejecutara; pero quiso Dios descubrirle por el bien del reino y fueron los descubridores Sebastián Laso de la Vega y Gaspar de Tapia; y las cabezas de esta traición un Juan Román, oficial de calcetero, Juan Venegas y otro italiano; y cogidos, fueron justiciados en esta ciudad de Mexico, confensando el delito que habían cometido y intentado hacer; los demás convocadores de este motín, y otros muchos de esta liga y conjuración, se fueron huyendo con intención de pasar al Perú, donde a la sazón estaba la tierra alzada por Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal, su maese de campo; pero de los que fueron huyendo se prendieron muchos por los caminos por donde iban, en especial en la ciudad de Huaxacac y puerto de Tequantepec. Esto pasó el año de 1549. Pacificóse y quitóse la tierra con este castigo y quedaron en grande estimación los que fueron hallados no ser comprendidos en esta deslealtad.

De los reinos del Perú (que estaban alborotados y alterados) envió a estos de esta Nueva España el licenciado de la Gasca a pedir gente de socorro a don Antonio de Mendoza, a lo cual acudió con mucha puntualidad y se juntaron seiscientos hombres. Fue nombrado por general de este ejército don Francisco de Mendoza, hijo del virrey don Antonio de Mendoza y fue su maese de campo Christóbal de Oñate; y como el general era hijo del virrey, movióse a ir con él toda la gente ilustre de la tierra; y así era el campo de muy lucida gente. Y marchando ya para el puerto donde se habían de embarcar, llegaron nuevas de cómo ya no era necesario el

socorro, porque ya la tierra estaba pacificada y sosegada y justiciados Pizarro y Carvajal con los demás rebeldes de su alianza.

Antes de partir esta gente de esta ciudad, en un alarde que hicieron para demostración de la gente y bizarría de los soldados que iban a este socorro, sucedió que el general don Francisco de Mendoza y Hernando de Salazar, factor del rey, para animar a los de su campo, confrontaron los caballos y enristraron el uno contra el otro tan furiosamente que rompieron sus lanzas y se encontraron los dos caballos en las frentes y pechos, que de el golpe cayeron y quedaron muertos, sin matarse los caballeros, aunque quedaron atormentados y lastimados con la grande fuerza de los caballos y encuentro que se dieron.

Prosiguió en grandes aumentos esta tierra, en tiempo de este loable virrey y ennobleciéndose más cada día. Fueron en crecimiento los ganados menores de ovejas. Procuró este buen principio el asiento y perpetuidad de esta tierra y envió por ganados merinos a España para afinar las ovejas que habían traído antes, que fueron de lanas bastas y burdas. En su tiempo se comenzaron los obrajes de paños y sayales y el trato de las lanas fue en muy grande crecimiento porque los indios comenzaron a vestirse de mantas de lana y otras cosas que labraban de ella. Crecieron las labores de pan; y multiplicáronse las estancias de ganados y se repartieron muchas tierras. Descubriéronse, en su tiempo, muchas minas de oro y plata y cobre; las minas de Tlachco, que han sido de las más famosas, Zultepec y Tzompanco y Temazcaltepec.

*CAPÍTULO XII. De una muy solemne montería y caza que el virrey don Antonio de Mendoza, en un solo día, hizo; y una leona que los indios de Tetzcuco mataron en esta laguna mexicana: casos muy de notar*



ANDANDO VISITANDO LA TIERRA el virrey don Antonio de Mendoza trató con la gente de Xilotepec (que son los que llaman otomíes, en cuya provincia estaba) de hacer una montería y caza, al modo que los indios antiguamente la hacían; para lo cual debió de tener dos motivos: uno, quererse certificar si era verdad que en ellas cogiesen tanta caza como se decía; y el otro, siéndolo holgarse de ver tanto animal junto. Señalóse el día, y para que se gozase de ella, ordenaron que el lugar donde se había de esperar fuesen unos muy cumplidos y extendidos campos que están entre Xilotepec y el pueblo San Juan del Río (que hasta hoy conserva el nombre del Cazadero). Tomóse esto de propósito e hicieron en este sitio una casa muy cumplida para el virrey y cerca de ella aposentos para sus criados y gente de servicio que traía (que de éstos y de otros, que consigo llevaba, eran muchos los que concurren).

Llegado el día de la caza salieron los indios muy de mañana y cercaron más de cinco leguas de monte, porque eran los indios más de quince mil